

tado con esta esperanza, hizo que la tropa marchase lo mas aprisa posible, sin dejarla hacer alto mas tiempo que el indispensable para beber agua. Pronto la brigada ligera avistó la retaguardia de los norte-americanos. Santa-Anna mandó á la primera que, en union de los húsares, cargase sobre los invasores que se retiraban precipitadamente dejando sembrado el camino de carros, atalajes, útiles de fragua, ruedas de respeto y otros muchos y diversos objetos que la tropa mejicana iba recogiendo en su marcha. Santa-Anna, deseoso de dar alcance á los norte-americanos, se puso á la cabeza de la caballería y emprendió su persecucion. Al llegar á un sitio llamado la Angostura, se detuvo, al ver que el grueso del ejército invasor aguardada en posicion. Desde el puerto de Piñones al Saltillo, el camino corre entre dos cadenas de montañas que forman aquel desfiladero; el del Carnero y el de Agua Nueva, se ensanchan desde esta hacienda, y vuelven á estrecharse en la Angostura, donde torna el camino hácia la derecha. En este sitio existe una sucesion de lomas transversales á la ruta, entre las cuales se ven profundas barrancas que llevan las aguas de la serranía de la derecha, todas de difícil acceso. Taylor, que habia abandonado Agua Nueva temiendo ser flanqueado por ambos lados, se dispuso á recibir á los mejicanos en este sitio casi inaccesible. La posicion de los norte-americanos era tan excelente, que Taylor mismo lo confiesa así en el parte oficial que despues de la batalla envió á su Gobierno. «Nuestras tropas», dice, «ocupaban su posición en una línea considerablemente fuerte. El camino en este punto es un pasadizo estrecho, y el valle á su derecha se hace

»casi impracticable para la artillería, por multitud de »zanjas extraordinariamente hondas, mientras por la izquierda una sucesion de barrancas y precipicios se extienden mucho mas allá de las montañas que cierran el valle. La desigualdad del terreno era tal, que casi debia paralizar los movimientos de la artillería y caballería enemiga, mientras que su infantería no podia tampoco sacar toda la ventaja que debia darle su superioridad numérica.» Hablando de la misma formidable posicion de la Angostura el historiador norte-americano Horacio Greeley, dice: «El camino, en aquel sitio, atravesaba una cadena de montañas, hallándose defendido al Oeste por profundos barrancos cortados por torrentes invadables, y al Este por un estrecho sendero rodeado de precipicios, en cuyo fondo se deslizaban rápidas corrientes en ciertas estaciones del año. Al general Woll le llamó la atencion aquel sitio, juzgándolo muy á propósito para hacer una buena defensa, y Taylor confirmó su opinion, eligiéndolo sin vacilar para esperar allí á Santa-Anna».

1847. En esta formidable posicion se preparó Taylor á esperar á las tropas mejicanas que, agobiadas por la fatiga de una marcha penosa de cien leguas por el desierto, escasas de víveres, muertas de sed y sin descansar un solo instante, debian atacar aquellas posiciones casi inaccesibles por la naturaleza, donde les esperaban soldados descansados, bien mantenidos y provistos de todo lo necesario, que tenian á su espalda y á corta distancia, la plaza del Saltillo para refugiarse en caso de un descalabro. Taylor situó su ejército de la manera siguiente. La batería del capitán Washington, del cuarto

de artillería, se colocó de modo que dominaba el camino, mientras los regimientos 1.º y 2.º Illinois, á las órdenes de los coroneles Hardin y Bisell, cada uno con ocho compañías, habiéndose agregado al último de estos regimientos la compañía de voluntarios tejanos del capitán Conner, y el 2.º Kentucky, á las órdenes de los coroneles Yell y Marshall, ocupaban el extremo izquierdo cerca de la base de la montaña: la brigada Indiana, al mando del brigadier Lane, compuesta del 2.º y 3.º regimientos, á las órdenes de los coroneles Bowles y Lane; los rifles del Mississipi, mandados por el coronel Davies; los escuadrones del 1.º y 2.º regimientos de Dragones, á las órdenes del capitán Steen y del teniente coronel May; las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg del número 3 de artillería, ocupaban las reservas. La posición de los norte-americanos se encontraba, pues, delante y detrás del camino: su derecha y frente se encontraban cubiertos por multiplicadas barrancas intran-sitables aun para la infantería: en el punto mas culminante, se veía situada una batería con cuatro cañones, y sobre la loma se descubrian los batallones ya indicados con sus correspondientes piezas de artillería.

Santa-Anna reconoció la posición de las tropas norte-americanas y mandó que lo verificase igualmente el general D. Ignacio de Mora y Villamil, director de ingenieros. Cerciorado Santa-Anna de que la posición no podía ser mas formidable, esperó, para atacarla, á que llegase la infantería. Entretanto que esto se verificaba, dió orden al general Ampudia para que, con la brigada de tropas ligeras, se situase en una altura que Taylor se habia des-

cuidado de ocupar y que se hallaba en su flanco izquierdo. El ejército mejicano iba llegando por brigadas durante ese tiempo.

Santa-Anna envió á Taylor, á las once de la mañana, una nota intimándole que se rindiese á discreción. El general norte-americano contestó manifestando que estaba dispuesto al combate. Las tropas mejicanas, á medida que llegaban, se iban situando por orden de Santa-Anna, en dos líneas, en una loma que daba al frente de las tropas de Taylor, quedando otra loma intermedia entre las posiciones, la primera división de infantería, al mando del general Lombardini, y la segunda de la misma arma, al del general Pacheco. El general Mora y Villamil, en union del comandante general de artillería D. Antonio Corona, situó, por orden de Santa-Anna, una batería de cañones de á 16, sostenida por el regimiento de ingenieros, cuya colocación rectificó el mismo general Santa-Anna. Otras dos baterías de piezas de á 12 y de á 8, fueron colocadas en puntos convenientes que el expresado general en jefe indicó. A retaguardia, por la derecha, quedó la caballería al mando del general Juvera; y en el flanco izquierdo, también á retaguardia, el regimiento de húsares. El batallón de Leon, ocupó una altura que se encontraba en el mismo flanco. Las municiones se quedaron á retaguardia, cuidadas por la brigada del general Andrade, quedando el cuartel general situado entre el punto destinado á las municiones y las líneas de batalla. Como en la ejecución de todas estas disposiciones fué preciso emplear bastante tiempo, y las tropas acababan de hacer una marcha de quince leguas, á paso

veloz, muertas de sed, y sin tomar alimento una gran parte de ellas desde el dia anterior, resolvió Santa-Anna no dar la batalla hasta el dia siguiente, puesto que la tarde iba ya terminando.

1847. Solamente la brigada ligera, al mando de Ampudia, se dirigia á ocupar la altura que al flanco izquierdo de la línea norte-americana se encontraba libre. La compañía de tiradores, á las órdenes de su capitán D. Leonardo Marquez, que tanto ha figurado despues en la política del país, fué situada de guerrilla: poco despues se colocó en el mismo lugar otra guerrilla, mandada por el capitán D. Luis G. Osollo, jóven de notable intrepidez, que mas tarde fué uno de los jefes mas notables del ejército mejicano. Taylor, al notar aquel movimiento, quiso reparar el descuido que habia cometido, y destacó una fuerza respetable compuesta de parte de los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, desmontados, y un batallon de rifles, de la brigada Indiana, mandado por el mayor Gorman, marchando el todo á las órdenes del coronel Marshall. Al observar D. Leonardo Marquez y D. Luis Osollo la marcha de aquella fuerza con direccion al cerro, pasaron á situarse en la parte mas elevada. No bien habian llegado á ésta, cuando viendo que los norte-americanos insistian en apoderarse del cerro, rompieron sobre él un vivísimo fuego, avanzando á la vez hasta la cumbre. Los norte-americanos contestaron con certeros tiros; y resueltos á quedar dueños de aquel punto, se lanzaron sobre sus contrarios, que los recibieron con serenidad, obligándoles á detener su marcha. Empeñado el combate de una manera tenaz, subió

otra compañía ligera mejicana en los momentos en que los norte-americanos recibian mas fuerza. La lucha entonces se empeñó mas y mas, y el batallon de ligeros mejicano, subió al fin á batirse en union de sus compañeros. Las tropas mejicanas y las de los Estados Unidos llegaron casi al mismo tiempo, y se trabó entre ellas una reñida accion que duró toda la tarde y hasta poco despues de entrada la noche. Los norte-americanos, conociendo la importancia de aquel punto, luchaban con denuedo por apoderarse de él; los mejicanos, resueltos á morir antes de abandonar su empresa, combatian con extraordinario arrojo. La victoria, por fin, se decidió por las tropas mejicanas que, poniendo en fuga á sus contrarios, se quedaron dueñas del punto disputado. En esta accion, los norte-americanos tuvieron, segun confesion

1847. de varios prisioneros hechos en ella, una pérdida de cuatrocientos hombres; la de los mejicanos no bajaria de doscientos.

Terminada aquella accion parcial, Taylor, persuadido de que la batalla no empezaria hasta el siguiente dia, marchó al Saltillo, acompañado del regimiento Mississippi y de un escuadron del 2.º de dragones. Llegado á la ciudad, que estaba á la retaguardia de su campamento y próxima á ésta, dictó las órdenes necesarias para que quedase en buen estado de defensa. El Saltillo estaba defendido por cuatro compañías de los voluntarios de Illinois, mandadas por el mayor Warren del primer regimiento. Un punto que dominaba casi todas las avenidas, estaba guarnecido por la compañía del capitán Webster, del 1.º de artillería, y montadas dos piezas de á 24: los

trenes y el campo del estado mayor estaban resguardados por dos compañías de rifleros de Mississipi, mandadas por el capitán Rojers, y una pieza de campaña dirigida por el capitán Shober del 3.º de artillería. Estas fueron las disposiciones dadas por Taylor para dejar protegida su retaguardia. Durante todo el día se había visto á la retaguardia de la ciudad, un cuerpo de caballería mejicana de cerca de 1,500 hombres, y esto obligó á Taylor á tomar providencias que salvaran á la guarnición del Saltillo de un golpe de mano. Aquella fuerza de caballería estaba mandada por el general Miñon, y había entrado en el valle por un paso sumamente estrecho que se ve al Este de la ciudad. Taylor no dudó un instante, como lo dice en su parte, que la expresada fuerza de caballería fué mandada á retaguardia de la línea que él ocupaba, para molestar y cortar su retirada, así como para hacer algún movimiento sobre la ciudad si lo juzgaba practicable. El resto de la noche lo pasaron ambos ejércitos, al vivaque, durmiendo sobre las armas y en suma vigilancia.

Amaneció el día 23. Las bandas de música del ejército mejicano y las cornetas y tambores saludaron la aurora, que se presentó á alumbrar aquellos dos campos contrarios que iban á verter su sangre á torrentes, uno por la causa mas sagrada y santa, por la defensa de la patria; el otro por la ambición de un Gobierno que queria ensanchar su poder sobre ricos territorios á que no tenia derecho. Santa-Anna montó á caballo al despuntar la luz primera, y reconoció el campo de las tropas norteamericanas que estaban prevenidas para recibir á sus contrarios.

1847. Taylor, despues de haber dejado en buen estado de defensa la plaza y de asegurar lo posible su retaguardia, se dirigió, al amanecer del 23, hácia el campo de batalla, ordenando que se adelantaran todas las tropas disponibles. La acción dió principio antes de su llegada al teatro del combate. El fuego de cañon empezó al rayar el día; y las tropas mejicanas, sin haber tenido tiempo para tomar el rancho, ocuparon sus puestos, y esperaron la órden de avanzar sobre las posiciones contrarias, sin haber probado alimento ninguno. Los norte-americanos, aunque ocupaban la misma posición del día anterior, habían hecho una ligera diferencia. Era ésta que por su derecha, y bastante lejos de la posición, tenían formados en batalla dos cuerpos de infantería y una batería de cuatro cañones, amenazando el flanco izquierdo del ejército mejicano. Santa-Anna comprendió que aquello no podia ser mas que un llamamiento falso, porque nunca hubiera dejado Taylor á su retaguardia lo accidental del terreno, que era lo que puntualmente hacia formidable su posición, que consistia en un tejido de barrancas que, como queda dicho, se hacian casi intransitables. El general Santa-Anna, por lo mismo, no hizo caso de aquel aparato de fuerza, y se decidió á mover sus tropas por la derecha. Tomada esta determinacion, ordenó que dos divisiones, una al mando del general Lombardini y la otra al del general Pacheco, se moviesen adelantándose por la derecha: mandó al general Micheltoarena que situase una batería de cañones de á 8 por el flanco izquierdo de la línea mejicana, á fin de que sus fuegos oblicuasen sobre la línea de batalla de los norte-americanos, advirtiéndole que se

mantuviese en aquel punto con los oficiales de plana mayor de su mando á esperar las órdenes de Santa-Anna. Al general Ampudia le mandó que cargase con la brigada ligera por el flanco izquierdo; y hácia el derecho de los norte-americanos envió al general Mora y Villamil, para que se formase una columna de ataque, compuesta del regimiento de ingenieros, batallón número 12, Fijo de Méjico, compañía de Puebla y de Tampico, al mando del coronel D. Santiago Blanco. Al general de artillería D. Antonio Corona le dió orden para que situase una batería de cañones de á 12 en una posición mas dominante, y al mando del general graduado D. José María Ortega quedó la reserva compuesta de la tercera division.

Los norte-americanos comprendieron que las tropas ligeras, al mando del general Ampudia, que se habian apoderado el dia anterior de la altura que con tanta decision se habia disputado por una y otra parte, tenian por objeto flanquear su derecha, y se presentaron de nuevo á disputar aquel punto. La accion, pues, comenzó en el mismo cerro ganado por los mejicanos la víspera. Los rifleros norte-americanos, al mando del coronel Marshall, reforzados por tres compañías de voluntarios del 2.º de Illinois, á las órdenes del mayor Trayl, trataron de apoderarse del sitio perdido el dia anterior. Puestos casi á cubierto, hacian un fuego nutrido, certero y mortífero; pero ni sus esfuerzos, ni sus excelentes armas fueron bastantes á contener á las tropas mejicanas, y tuvieron que renunciar á su empresa, dejando dueños de aquella posición á sus contrarios, y quedándose los norte-americanos al pie del cerro. En este momento, que serian las siete y media de

la mañana, se hizo general la batalla. Las tropas mejicanas se movieron paralelamente en batalla, contra el centro de la posición norte-americana, adelantándose la columna, al mando del coronel D. Santiago Blanco por el camino real. Emprendida la acción general, se dió orden á las tropas ligeras que habian quedado por dos veces dueñas del cerro disputado desde la víspera, para descender y cargar sobre los norte-americanos. Estos opusieron una resistencia vigorosa, y la lucha se trabó aun mas sangrienta que las anteriores. En el primer encuentro cayeron muertos el teniente coronel mejicano D. Julian de los Rios y el sub-teniente de granaderos D. Juan Bautista Larrondo; y heridos el capitán D. José de Jesús Vivanco, el de igual graduacion D. Pedro Martinez de Navarrete, y los sub-tenientes D. Márcos Arias y D. Hipólito Mondragon; pero atacando con mayor brío los mejicanos y cargando á la bayoneta, lograron poner en fuga á sus contrarios por aquel lado.

1847. Como la línea del ejército de Taylor era oblicua, aunque los mejicanos avanzaban paralelamente, la columna del camino empezó á recibir un fuego mortífero de cañon, lanzado por las baterías del capitán Washington, cuando aun las otras divisiones se encontraban bastante lejos. Al notar los estragos que las balas de cañon hacian en aquella columna, ordenó que hiciese alto, y que se guareciese tras de una colina hasta que las divisiones de Lombardini y Pacheco rompieran sus fuegos. Pronto se verificó esto último, y el combate se empeñó terriblemente. Un metrallazo hirió el caballo del general Santa-Anna, que en el momento mismo montó en otro: el

general Lombardini recibió un balazo al empezar la acción, y el mando de su división recayó en el general Don Francisco Perez. La batalla era cada vez mas sangrienta. La columna que habia hecho alto en el camino, avanzó de nuevo: los cañones de la imponente batería mandada por el capitán Washington, enviaban sobre ella una lluvia de balas que abria inmensos claros en sus filas. No era menos terrible el fuego de fusilería y artillería que recibian las divisiones del general Perez y de Pacheco: la tropa de este último, compuesta en su mayor parte de gente novicia en las armas, reclutada hacia dos meses, se detuvo, vacilando, y por último se desbandó acribillada por la artillería contraria. El general Pacheco, despreciando el peligro, trató de contenerla; pero fueron inútiles sus esfuerzos, y la dispersion fué general. Los norteamericanos, procurando aprovechar aquel momento, avanzaron; pero un cambio hecho por la división del general Perez, de frente sobre la derecha, contuvo á los invasores y aun les obligó á retirarse á sus posiciones. Santa-Anna hizo avanzar entonces la caballería para que cargase; «pero aun cuando ésta lo hizo», dice el mismo general, «con esfuerzo, habiéndoles enviado varias recomendaciones á los generales de las divisiones y de las brigadas, entre éstos, al general D. Angel Guzman, y que todos, así como su tropa se condujeron con resolución, no pudieron vencer las dificultades del terreno». Después de seis horas de fuego en un sitio tan escabroso para las tropas mejicanas que atacaban las posiciones de los contrarios que oponian una resistencia tenaz y mortífera; después de haber sufrido considerables pérdidas;

cuando hacia media hora que habia empezado á caer una lluvia espesa que dejó resbaladizo el suelo; cuando fatigados y muertos de sed y de hambre, pues habian empezado los mejicanos la batalla sin haber tomado el menor alimento, «después, al fin, de haberse batido con honor», dice Santa-Anna en su parte al Gobierno, «se vieron obligados los generales de caballería, á quienes dió la orden de acometer, á volver á su puesto, así como le sucedió. » agrega, á nuestra infantería con varias alternativas».

La batalla, se podia decir, por lo mismo, que se prolongaba sin ventaja de ninguna parte, aunque con grandes pérdidas de uno y otro ejército. En el mejicano habian sido muertos ya muchos oficiales y soldados, y heridos un número crecido de jefes y oficiales como el general Lombardini, tenientes coroneles Brito, Gayoso; y muertos los tenientes coroneles Azoños, Berra y otros varios. El general Santa-Anna se propuso entonces hacer un esfuerzo supremo. A fin de que diese los resultados que anhelaba, mandó disponer una batería de cañones de á 24, y que la columna de ataque, que estaba dispuesta por el flanco izquierdo y que ya no tenia objeto, fuese al derecho, donde se reuniria á los restos del número 11, con el batallón de Leon y las reservas, todo al mando del general graduado D. Francisco Perez. Todo esto lo ejecutó en persona el mismo general Santa-Anna: en seguida mandó al general Mora y Villamil que comunicase al general Perez sus últimas disposiciones, á quien ya para entonces le habia ordenado Santa-Anna que se batiese á los norteamericanos hasta la extremidad. A fin de tomar de flanco á la línea de los adversarios, el general Santa-

Anna habia hecho que avanzase la batería de cañones de á 8. Todo esto se practicó protegidas las divisiones mejicanas por las cortaduras del terreno.

1847. Los norte-americanos, al ver que se reunia aquel número considerable de fuerzas de infantería y caballería, comprendieron que se trataba de forzar su izquierda, que estaba situada en una plataforma de bastante extension. Los regimientos norte-americanos 2.º Indiana y 2.º Illinois, cubrian aquella parte de la línea, sosteniendo el primero tres piezas de artillería ligera, dirigidas por el capitán O'Brien: el todo á las órdenes del brigadier Lane. Para poder colocar su tropa en línea, el general Lane hizo avanzar la artillería y el 2.º regimiento Indiana. Al hacer los mejicanos el movimiento para tomar el flanco de la línea de sus adversarios, éstos avanzaron sus cañones hasta tiro de fusil de un fuerte destacamento de tropa mejicana, dirigiendo sus certeros y mortíferos tiros con espantoso estrago. Muchos soldados cayeron destrozados por la metralla y las balas de cañón; pero nada arredraba á aquella columna que seguia impávida avanzando hácia las tropas invasoras. La lucha que se trabó entonces fué sangrienta. «Nuestra artillería», dice el general Taylor en el parte oficial que dió al Gobierno de Washington, «no pudo contener el ímpetu de los mejicanos. La infantería que se mandó á sostenerla, se habia retirado en desórden, quedando expuesta, así como la batería, no tan solo á un fuego activo de arma corta por el frente, sino tambien al desastroso de la metralla dirigida por una batería mejicana á su izquierda. El capitán O'Brien juzgó imposible conservar su posi-

cion, á menos de ser sostenido, y solo pudo retirar dos cañones, matando ó inutilizando en seguida los caballos que pertenecian al tercero.» Con efecto, el ímpetu con que atacó la tropa mejicana fué sorprendente. No bien se presentó la division norte-americana en el punto hácia el cual hicieron su movimiento las columnas dispuestas por Santa-Anna, cuando fué recibida con un fuego vivísimo. En vano los tres cañones dirigidos por O'Brien trabajaban activamente, vomitando la muerte. Los mejicanos, despreciando el peligro, se lanzaron á la bayoneta sobre sus contrarios, que se defendian con un valor heroico. Ochenta zapadores, unidos al primero ligero, á una parte del duodécimo de infantería y á otras de distintos cuerpos, mandados por el capitán D. Genaro Noris, el teniente D. Pascual Amarillas, y los oficiales D. Andrés Centeno y D. Antonio Sistos, se lanzaron sobre la batería contraria, tomaron uno de sus cañones y arrojaron á sus contrarios de la posicion que ocupaban. El combate se empeñó con igual ardor por otros puntos: los norte-americanos hicieron esfuerzos extraordinarios por alcanzar el triunfo; pero no pudieron sostenerse, y fueron vencidos en todos los encuentros, y arrojados de sus posiciones por las tropas mejicanas, para oponer en otros puntos inexpugnables, nueva y tenaz resistencia. La caballería mejicana, al mando del general D. Julian Juvera, cargó valerosamente, y llegó hasta las últimas posiciones de sus contrarios. Una gran parte de ella, despues de haber luchado á la arma blanca con una fuerza norte-americana, envolvió á ésta; pero recibiendo en aquel instante un fuego nutrido de una batería de las tropas de los Estados